



PRÓLOGO

LA GRAN GUERRA




ACTOS

-  **El libro:** La Gran Guerra. Prontuario. Javier Aguilar (coord.)
-  **Una exposición gráfica:** La Gran Guerra. Imágenes y minutos (del 24 de abril a 10 de mayo en la sala del pabellón Casa de Cultura)
-  **Un ciclo de películas:** La visión oficial y antioficial de la Gran Guerra en el cine

CALENDARIO

abril 2014

- 12** En el origen de nuestro tiempo: la Gran Guerra cien años después, obra y presentación del libro La Gran Guerra. Prontuario, por Javier Aguilar. A continuación, proyección del documental '4 las armas' producido por Jonathan Lewis.
 - 14** Sin novedad en el Frente, de Lewis Milestone.
 - 16** La gran huida, de Jean Renoir.
 - 18** La gran guerra, de Mario Monicelli.
 - 24** Inauguración de la exposición gráfica La Gran Guerra. Imágenes y minutos y proyección de Bandera de gloria, de Stanley Kubrick.
 - 26** Galpote, de Peter Weir.
-  Todos los actos serán comenzados a las 18 horas en la Casa de Cultura de Antena (Torrelavega).

Jornadas conmemorativas
en el centenario
de la Primera Guerra Mundial



LOS CAÑONES DE AGOSTO Y LA UTILIDAD DE LO INÚTIL

Este año de 2014 se han conmemorado dos acontecimientos históricos relacionados con las dos grandes catástrofes humanas que definieron por sí mismas el violento siglo XX: la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Hace 70 años, el día 6 de junio, se efectuó el desembarco de Normandía, que daba comienzo a la invasión de Europa por los aliados y que significó, junto a la todavía más decisiva contraofensiva soviética por el este, el principio del fin del III Reich. Conmemoración esta última que, quizás salvo en Francia, ha pasado un tanto desapercibida ante la dimensión que ha cobrado la del primer centenario del asesinato del archiduque de Austria el 28 de junio en Sarajevo, magnicidio que abrió las puertas a una serie de decisiones políticas en el contexto internacional, cuyo resultado, cinco semanas después, daría lugar a esa suerte de suicidio de Europa que fue la Primera Guerra Mundial. Esta contienda fue denominada en la época como la Gran Guerra por su magnitud, tanto en el número de intervinientes como en el empleo de recursos humanos, económicos y tecnológicos y también por sus efectos. Tuvo, además, un carácter universal, porque afectó directa o indirectamente a todos los continentes y porque la extensión geográfica de sus frentes de guerra se extendió por cuatro de ellos.

Entre los miles de artículos que sobre esta guerra se han publicado en la prensa se puede encontrar uno de Francisco G. Basterra (*El País*, 29/08/14) en el que el autor habla de que los cañones de agosto han vuelto a retumbar cien años después. A lo que se refiere el periodista es, por un lado, al comienzo de la guerra del 14 en el mes de agosto, aludiendo al título del célebre libro de Barbara Tuchman titulado *Los cañones de agosto* (1962), todo un *best seller* en su momento, en el que se vienen a narrar con todo detalle los preámbulos y el comienzo de las hostilidades a lo largo de ese fatídico mes. Por otro, a los episodios bélicos que padece el mundo actual tanto en Europa (Ucrania) como en Oriente Medio (Irak y Siria).

Las comparaciones entre un determinado momento histórico y el presente es un ejercicio recurrente en todo tipo de conmemoraciones históricas, máxime si se pueden hallar tantas similitudes como las que ahora se pueden hacer. El neoimperialismo, resucitado ahora por Putin, vuelve a erigir a Europa oriental en epicentro de una crisis europea como lo fue hace un siglo. Igualmente, la álgida situación de Oriente Medio nos recuerda que su geografía política –fruto de las ambiciones imperialistas de Francia y Gran Bretaña– tiene su origen en plena Primera Guerra Mundial, cuando se firmaron los acuerdos Sykes-Picot y la Decla-

ración Balfour (1916) dando la espalda a los árabes, a quienes los británicos habían conducido a la guerra bajo promesas que no se cumplieron después. Una traición que denunció T. E. Lawrence (“Lawrence de Arabia”) en el mismo momento de producirse. Por otra parte, la actual crisis económica y política resucita viejos fantasmas, tan en la raíz de aquel conflicto, como el desprecio del derecho internacional, la desunión y las ambiciones comerciales e imperialistas.

En este juego de comparaciones ha intervenido la insigne historiadora Margaret MacMillan, catedrática de Oxford y autora de una de las novedades bibliográficas mejor valoradas del centenario (1914. *De la paz a la guerra*, Turner, 2013). Recuerda cómo la rivalidad comercial entre Alemania y Gran Bretaña hoy se puede asemejar a la que enfrenta a Estados Unidos con China, quienes además rivalizan por el control del Pacífico, terreno en el que asimismo chocan China y Japón. También compara la carrera de armamentos como instrumento de disuasión, que entonces se concretó en la construcción de barcos de guerra por parte de Alemania y Gran Bretaña, con la que en nuestros días está representada por el armamento nuclear, hoy en posesión de nueve países. Pero, quizás, lo más sugerente de su cotejo sea la constatación de que los dos momentos son equiparables al experimentar ambos una amplia globalización. La de la época anterior a 1914, resultado de un desarrollo inusitado de las comunicaciones, tanto terrestres (ferrocarril) y marítimas (barco de vapor), como telegráficas y telefónicas y como resultado de la internacionalización de la economía capitalista extendida a todos los continentes mediante el imperialismo colonial. La actual, fruto del desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación audiovisual, de la revolución de Internet y de la absoluta mundialización de la economía sobre la base de un mercado global financiero, de mercancías y de trabajo. En ambos casos la globalización llega a producir una curiosa reacción reduccionista que potencia los nacionalismos, las comunidades ideológicas o culturales cerradas (redes de amigos o de personas de afinidad ideológica, de creencias o de gustos) y la fácil y rápida transmisión de las ideas extremistas, de los fanatismos y de los planteamientos terroristas.

Estas y otras muchas similitudes que se puedan encontrar entre las dos épocas no quieren decir que la historia se vaya a volver a repetir. En modo alguno. Las circunstancias y el contexto son tan diferentes que resulta ocioso hacer cualquier pronóstico desde la historia.

La misma Margaret MacMillan, recurriendo a un acertado proverbio de Marc Twain, advierte de que “la historia no se repite, pero tiene rima” (*Política Exterior*, 158). Es decir, el historiador no pue-

de recurrir al laboratorio para un experimento causa-efecto con el fin de predecir el futuro sin margen de equivocación. Pero sí que puede observar comportamientos, actuaciones, situaciones y circunstancias que nos muestran cómo pueden ser las reacciones humanas, individuales o colectivas en situaciones semejantes o ante determinados incentivos. Por lo tanto, lo que sí puede hacer el historiador es sacar lecciones de la historia y, a partir de ellas, proporcionar consejos. Y en esto la Gran Guerra puede ofrecer un amplio repertorio.

Las explicaciones clásicas del origen de la guerra exponían una serie de causas últimas y próximas, de factores coadyuvantes y de antecedentes (crisis bélicas, conflictos nacionalistas, acuerdos diplomáticos...) que parecían hacer inexorable el camino hacia la guerra. Y, efectivamente, la contienda bélica no fue un suceso repentino salido de una situación neutra: las tensiones se habían venido acumulando desde las últimas décadas del siglo XIX hasta 1914. Así, se pueden aducir muchos elementos que venían a conculcar el buen entendimiento internacional y, por ende, la paz. Era bien evidente la rivalidad entre las potencias económicas y los intereses comerciales, así como que la construcción de los imperios coloniales generaba continuas fricciones internacionales. El sistema de alianzas (Triple Alianza y Triple Entente) constituía un difícil equilibrio internacional que dividía a Europa en dos bloques antagónicos. La planificación militar de las distintas potencias, justificada con argumentos defensivos, contemplaba en todos los casos acciones bélicas ofensivas, y la loca carrera armamentística que se generalizó en los años previos condicionó sin duda las decisiones favorables en torno al comienzo de la guerra. Los factores psicológicos, nada desdeñables si se quieren comprender los mecanismos de adhesión y el apoyo social y popular a la causa bélica, estaban hace tiempo sembrados y ya fructificados: el nacionalismo ante todo, pero también el miedo al terrorismo y a la revolución, así como el militarismo, bien cuajado en los espíritus y bien asentado en unos gobiernos en los que seguían teniendo mucho peso los altos mandos militares, como se pudo apreciar en las presiones ejercidas cuando se deliberaba en torno a la salida de la crisis de Sarajevo.

En esta línea de inevitabilidad sobresalieron las explicaciones economicistas y, especialmente, las de los marxistas, quienes denunciaron el imperialismo colonial como una nueva etapa del desarrollo del capitalismo en la que la disputa por los nuevos mercados y la competencia entre los diferentes capitalismo nacionales terminaría dilucidándose con las armas en una guerra en la que nada tenían que defender los trabajadores.

Sin embargo, hoy, los historiadores parecen inclinarse más a estudiar el cómo se desarrollaron los acontecimientos que el porqué. Al fin y al cabo, aducen, a pesar de todos esos factores y antecedentes, nadie en las vísperas creía en la posibilidad de una guerra generalizada, si acaso alguna con carácter local, como podía haber sido la guerra entre el Imperio austrohúngaro y Serbia. Fueron las decisiones políticas las que desencadenaron la catástrofe. Hay que tener en cuenta que Europa vivía una época de paz, entendida como ausencia de guerra a gran escala, como no se había conocido nunca y esa posibilidad era inimaginable. Desde las guerras napoleónicas finalizadas con el Congreso de Viena de 1815 no había habido más que unos cuantos conflictos bélicos, algunos de importancia sin duda, como los de la guerra de Crimea (1853-1856) o la franco-prusiana (1870-1871), pero limitadas geográficamente o de corta duración. En ese mismo congreso se inició una etapa de concertación internacional en la que mediante congresos o arbitrajes internacionales se venían resolviendo los conflictos entre países (y la mayoría de ellos lo habían sido en las dos décadas anteriores a 1914). Tampoco hemos de olvidar que la mentalidad dominante en Europa creía impensable una guerra entre países civilizados con sistemas parlamentarios y desarrollados económicamente.

Sin embargo, todo falló en tan solo 37 días, los que separaron el magnicidio de Sarajevo del comienzo de la guerra. Hubo muchas dudas e incluso ofrecimientos de paz, pero al final la concertación se dejó de lado y fueron las decisiones individuales de los distintos gobiernos las que desencadenaron la maquinaria de las alianzas que hizo inevitable lo evitable.

El historiador británico David Stevenson, autor del libro quizás más completo sobre la contienda (1914-1918. *Historia de la Primera Guerra Mundial*, Debate, 2013) adopta una posición en la que contempla equilibradamente la interferencia entre las causas generales y las decisiones políticas personales: “Y de hecho, entre 1905 y 1914 las bases de discusión se vinieron abajo a medida que las dos grandes alianzas fueron acercándose cada vez más a la igualdad militar, al tiempo que la competitividad armamentística entre ellas se intensificaba y aumentaba el antagonismo político, alimentado por una serie de crisis diplomáticas a uno y otro lado del Mediterráneo y en los Balcanes. Aunque ningún bando consideraba la guerra inevitable, los dos estaban cada vez más dispuestos a contemplar la posibilidad”.

Hay historiadores que advierten de la esterilidad del afán por buscar culpables en una situación de responsabilidad general, pero hay quien, como Max Hastings, autor de otra de las novedades bibliográficas sobresalientes (1914. *El año de la catástrofe*, Crítica,

2013), que afina más y apunta a Alemania, potencia que buscaba su lugar en el mundo, no tanto como responsable en sí de la guerra sino por ser la potencia que podía haber detenido mejor que ninguna otra el mecanismo del estallido, ya que fue ella la que ofreció un apoyo incondicional a Viena en el caso de que esta declarase la guerra a Serbia, a la que se incriminaba como responsable último del asesinato del archiduque. Como cabía esperar, este “cheque en blanco” animó a Viena a enviar un ultimátum en términos poco aceptables al gobierno de Belgrado. La movilización de Rusia en apoyo de su aliado serbio provocó la de Alemania y, a partir de ahí, vino todo lo demás: Francia no abandonó a su aliado ruso y Gran Bretaña, aunque se lo pensó, acabaría entrando en la guerra en el momento en que Alemania invadió a su protegida Bélgica. Es más, Hastings llega a decir: “La gran ironía es que si [Alemania] no hubiera ido a la guerra entonces su dominio sobre Europa habría quedado asegurado en 20 años, por razones industriales” (entrevista en *El País*, 16/12/2013).

La ceguera de los estrategas militares tiene también buena parte de la culpa del desastre. Todos ellos —y con ellos la sociedad entera— pensaron en una guerra corta, tanto que como mucho creían que en Navidades todos estarían en casa. Sin embargo, planes, como el de Schlieffen, basados en una guerra de movimientos no fueron capaces de prever el poder destructivo de la nueva tecnología bélica (artillería, ametralladora, morteros, gases...), cuyo desarrollo estaba muy por encima de los medios militares de transporte y comunicación, o sea, de la logística militar. Así, la guerra, después de los primeros momentos en los que se demostró el fracaso de todas las previsiones estratégicas, se estancó en una guerra de posiciones, definida por una intrincada red de trincheras y alambradas contra las que se estrellaban una y otra vez absurdas ofensivas de la infantería, criminalmente ordenadas por incompetentes generales (en esto coinciden numerosos estudios de historia militar) con el resultado fatal de una inmensa carnicería sin precedentes. De diez a once millones de soldados muertos producto de los combates, el doble de heridos y también de muertos civiles por consecuencias directas o indirectas (bombardeos, hambre y epidemias como la de “la gripe española”) son cifras capaces de noquear a cualquiera aun en la distancia del tiempo, mucho más por supuesto a los integrantes de las generaciones que padecieron la guerra. Estos sufrieron sus efectos en su propia carne y en su propio espíritu a corto, medio y largo plazo: la crisis económica posbélica, el hundimiento moral, la gran depresión de los años 30, la crisis política por desconfianza en las democracias, los movimientos revolucionarios, el desarrollo de los fascismos y, finalmente, como resultado de todo lo anterior, la Segunda Guerra Mundial tan solo veinte años después

de la anterior. Fue una catástrofe todavía mayor (50 millones de muertos), sin embargo, tuvo esta segunda guerra un significado y unas consecuencias morales, ideológicas, políticas y psicológicas bien diferentes. Su superación abrió una época de desarrollo económico y de imparable optimismo, fruto del cual resultó el inmediato fenómeno de crecimiento demográfico conocido como *baby boom*. Por eso, por encima de la Segunda, la Primera Guerra sigue constituyendo universalmente el paradigma del error y del fracaso humanos.

Entre otras cosas las lecciones del 14 nos recuerdan hoy el peligro de abandonarse a los nacionalismos y a los intereses egoístas económicos, energéticos o comerciales y a los neoimperialismos y nos previene del abandono del “concierto europeo” y mundial. Nos muestra, en este sentido, la importancia capital de construir una paz sólida sobre los cimientos de fuertes organizaciones internacionales, empezando por la hoy desactivada Organización de las Naciones Unidas. Y, visto todo lo antes expuesto, nos previene también de la idea de que los expertos (políticos o militares) toman siempre las mejores decisiones.

Si nos ponemos a observar el panorama de la política internacional, da la impresión de que en estos momentos Estados Unidos está en vías de dejar de ser el líder mundial indiscutible, mientras otras potencias como Rusia y China incrementan su influencia en el contexto internacional y maniobran para compartir ese liderazgo, en tanto que la Comunidad Europea, presa de las diferencias internas, no se muestra capaz de desarrollar una política internacional conjunta. Es difícil saber ahora mismo hacia dónde van a ir las cosas y cuál puede ser el equilibrio futuro.

El historiador australiano Christopher Clark escribe en su libro *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914* (Galaxia Gutenberg, 2014) esta procedente conclusión: “La gran lección de 1914 es que enseña hasta qué punto las cosas pueden ir mal cuando la gente deja de hablar, cuando el compromiso es imposible. 1914 también nos recuerda que las guerras pueden llegar como consecuencia de decisiones rápidas y de cambios súbitos e imprevisibles en el sistema”.

Quizás a estas alturas debería explicar a qué viene la segunda parte del título de este prólogo. Pues bien, todas estas alegaciones tienen como fundamento justificar el hecho de que el CELAN se embarcara, casi antes que nadie, en la arriesgada empresa de celebrar unas jornadas conmemorativas celebradas en la primavera de este año 2014. Posiblemente muchos podrán pensar que tratar un tema de carácter internacional queda fuera de lugar en el campo de actuación de un centro de estudios locales. Se trata

de un viejo debate y no va a ser la primera vez que en el CELAN lo tratamos ni la primera que yo escriba sobre ello. Para mí, la confrontación entre historia local e historia general no debe existir. No existe más que una historia, puede cambiar el enfoque o el método de acercamiento a una realidad histórica, pero eso es todo, la relación entre la historia local y la general debe ser necesariamente dialéctica, es un camino de ida y vuelta. La historia general se alimenta de la local y la local se ilumina con la general. Obcecarse en una historia local aislada, cerrada en sí misma, conduce a un reduccionismo absurdo que limita la comprensión de lo estudiado, si no es que desemboca en posturas epistemológicas conservadoras o de defensa del tradicionalismo en lo ideológico. Entendiéndolo así, parece natural que nuestro foco de atención se abra a realidades mucho más amplias que las meramente locales. Y, efectivamente, así hemos venido obrando en el CELAN.

Por otro lado, nuestro centro de estudios desde su nacimiento se ha mostrado como un agente cultural y educativo organizando o compartiendo actividades de muy variado signo, artísticas, musicales, escolares... con el único (pero formidable) fin de alimentar los espíritus de los ciudadanos de nuestra comarca. Empeño desvalorizado actualmente por la tendencia generalizada a conceder solo crédito a lo útil, a lo práctico. Esto, por cierto, es bien reconocible en el papel a que ha sido reducida la enseñanza de las humanidades (historia, literatura, filosofía...) en los actuales planes educativos. Lo es también en la política de patrimonio, natural o histórico-monumental, reducido a una mercancía que solo tiene valor cuando se le puede sacar un rendimiento crematístico, o sea, cuando se le puede “poner en valor” (recurrente coletilla de políticos y gestores culturales) para conseguir unos ingresos para las arcas de una determinada institución o para animar la economía local si llega a producir una corriente turística. Sin embargo, el conocimiento en sí mismo tiene valor, enriquece a las personas y, aunque no se quiera ver, enriquece a la sociedad, incluso económicamente, porque proporciona individuos mejor preparados y con mejor criterio. En fin, que hay que mirar las cosas con otros ojos y empezar de una vez por todas a considerar la utilidad de lo inútil. Así, la historia de la Gran Guerra debe servir para conocernos mejor a nosotros mismos y a mejorar individual y colectivamente la sociedad. Lo inútil es el contrapeso necesario a la ideología imperante contaminada por el neoliberalismo del individualismo, del interés y beneficio personal y del valor exclusivo de lo práctico.

Como es reiterar lo que ya algunos me habrán leído u oído en otras ocasiones, voy a cerrar toda esta reflexión con palabras ajenas, las del filósofo italiano Nuccio Ordine (*La utilidad de lo inútil*).

Manifiesto, El Acantilado, 2013): “Si dejamos morir lo gratuito, si renunciamos a la fuerza generadora de lo inútil, si escuchamos únicamente el mortífero canto de sirenas que nos impele a perseguir el beneficio, solo seremos capaces de producir una colectividad enferma y sin memoria que, extraviada, acabará por perder el sentido de sí misma y de la vida. Y en ese momento, cuando la desertificación del espíritu nos haya ya agostado, será en verdad difícil imaginar que el ignorante ‘homo sapiens’ pueda desempeñar todavía un papel en la tarea de hacer más humana la humanidad”.



Después de este prólogo, la *Revista de Andorra* n.º 13 presenta en primer lugar un pequeño dossier que responde a la promesa realizada en el número anterior de ampliar la información que poseemos sobre el cuarto centenario del hecho histórico que hemos dado en conocer como la “independencia” de Andorra en 1613. Para ello nada mejor que recurrir al profesor del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza (campus de Teruel) José Manuel Latorre, el mejor conocedor de la época que tratamos en estas tierras y experto en el Museo Diocesano de Zaragoza, la fuente principal para conocer lo relativo al señorío del arzobispado al que pertenecían Andorra y Ariño. Noticias de ambas localidades y las características del poder señorial ejercido por el arzobispo de Zaragoza son las líneas principales del estudio que nos ofrece Latorre. Junto al texto principal, el mismo autor comenta y reproduce el texto de los Estatutos criminales de Andorra del año 1614, el primer documento hecho por las autoridades andorranas una vez que la localidad se liberó de la dependencia respecto de las autoridades de Albalate del Arzobispo. Como remate del dossier, queda recogido el contenido de la conferencia que el actual justicia de Aragón, Fernando García Vicente, dio en la Casa de Cultura de Andorra como acto oficial de la conmemoración sobre el privilegio real de 1613, concedido a Andorra por Felipe III.

La sección de Estudios, que se abre con el dossier susodicho, contiene otros dos trabajos. El primero, de Josefina Lerma, es en realidad un estudio preparatorio de la investigación que la autora está haciendo sobre el calvario de Alloza y de cuyo resultado

nos dará cuenta la pertinente publicación del CELAN en el futuro. Conociendo a Josefina, estamos seguros de que el trabajo será concienzudo, por lo que posiblemente se hará esperar. Mientras tanto, nos queda aguardar y dominar la ansiedad. Pero, aunque diga yo que el artículo que presenta en estas páginas de alguna manera es preparatorio porque viene a abonar el terreno para el estudio monográfico del calvario de Alloza y, sin lugar a dudas, a incrementar nuestra curiosidad, no se trata en manera alguna de un aperitivo. Es un sólido estudio sobre los calvarios aragoneses, sobre su origen, sobre su expansión y sobre su variedad. Josefina ha recorrido todos esos calvarios de los que habla y, como muestra de ese periplo, ahí están sus fotografías ilustrando el texto.

Arturo Gómez sigue con sus reflexiones escultóricas. Esta vez realiza una lectura muy personal que pueda servir a modo de guía para los que se acerquen a ver los retratos expuestos en la sala permanente dedicada a Pablo Serrano en el IAACC de Zaragoza.

En la sección de Notas aparecen dos cosas bien divergentes. Por un lado M.^a Ángeles Tomás nos acerca a una de las fiestas que van cogiendo cuerpo en la comarca, la Fiesta del Árbol, celebrada en Alloza en su segunda edición. Su texto sirve para introducir las poesías y relatos que, con motivo de ese día, se compusieron para ser recitadas en el acto central de la fiesta. La otra es obra del que suscribe, quien, como viene haciendo en anteriores concursos electorales, presenta los resultados habidos en la comarca en la elecciones europeas, contrastándolas con los resultados a nivel español, aragonés y provincial. Unas elecciones que normalmente despiertan muy poco interés, pero que en esta ocasión han supuesto un verdadero bombazo: el sistema bipartidista ha quedado seriamente tocado y las expectativas políticas que se abren no dejan a nadie indiferente.

En Documentos recogemos el texto de Cels Gomis, un interesantísimo escritor catalán que en 1870 realizó una exploración de la sima de San Pedro en Oliete viajando desde Andorra. El texto publicado en catalán, lo que esperamos no suponga ningún gran obstáculo para su lectura, viene acompañado de dos textos complementarios: el del filólogo Artur Quintana, gran conocedor del personaje, y otro del catedrático de Geología de la Universidad de Zaragoza, José Luis Simón, en el que ofrece de forma sintética el conocimiento actual sobre el origen de la sima.

Juan Manuel Calvo, a propósito de unas cartas encontradas de forma casual en Ejulve, nos acerca al mundo caciquil de la política española de comienzos del siglo XX a través de la figura del diputado Carlos Castel.

En Biografías y ensayos, toda una miscelánea En primer lugar Montserrat Martínez nos aproxima a la interesante personalidad de la arqueóloga turolense Purificación Atrián, directora del Museo Provincial de Teruel durante más de treinta años y figura fundamental en los estudios arqueológicos de la provincia, vinculada muy estrechamente a las campañas de excavaciones en El Castellillo de Alloza. Tras este escrito, Eloy Fernández Clemente glosa la vida de David Giménez, un curioso personaje a quien Eloy llega a calificar como “un quijote andorrano en Inglaterra”. En su día el periódico local *Cierzo* publicó por entregas una de sus obras literarias, la novela *Macario*, sobre la que escribe Fernando Aínsa a continuación del texto anterior. Los recuerdos ferroviarios de Paco González Alcalde, nuestro maquinista universal, son objeto de una entrevista realizada por José Juárez y M.^a Ángeles Tomás, con texto de esta última. Se trata del necesario colofón a las jornadas que celebramos sobre el ferrocarril de Andorra. Fernando Aínsa, finalmente, pero antes de las habituales secciones de cierre dedicadas a crónica, concursos y certámenes, vuelve a tener presencia en estas páginas ofreciéndonos su particular visión sobre los pueblos de nuestra comarca. En esta ocasión ha sido Alloza el objeto de su mirada, fuertemente literaria.

Gozosa lectura.

Javier Alquézar Penón

Director de la *Revista de Andorra* y presidente del CELAN